

Tiempo libre, tiempo ausente

Uca Silva

Investigadora SUR

Las transformaciones sociales de las últimas décadas han generado una serie de preguntas acerca de las nuevas formas de distribución de las actividades de las personas. Las mediciones de uso de tiempo han surgido como una corriente que puede ofrecer una radiografía nítida sobre cómo las personas, hombres y mujeres, organizan su vida cotidiana. Los estudios realizados en nuestro país dan cuenta de hechos que hasta el momento se intuían, pero no se verificaban; principalmente, la intensificación de las jornadas laborales y la reducción del tiempo libre.

El tiempo no se puede ni ver, ni sentir, ni escuchar, ni olfatear, señala Norbert Elias (1989) en su estudio sobre este tema, pero se materializa en distintas actividades y se hace visible a través del reloj y el calendario. Estos son instrumentos importantes que se aproximan al tiempo en una dimensión cuantitativa, que permite medir algo tan fundamental como una jornada de trabajo. Es esta dimensión la que se establece prioritariamente en la modernidad, asegurando así un orden que refuerza la relevancia de lo productivo, y pone esta cualidad por sobre cualquier otra que pueda dar cuenta del tiempo. De esta forma, todas las lecturas temporales, desde la resignificación de las señales naturales —como el movimiento de la luna y el sol— hasta las formas más técnicas, han estado al servicio de construir un orden para una mayor, mejor y buena productividad.

En concordancia con lo anterior, los incipientes estudios en torno al uso del tiempo han tenido como principal preocupación indagar sobre el tiempo laboral, postergando el análisis o la preocupación por el uso del tiempo personal, del tiempo doméstico, del tiempo libre.

Un reciente estudio, realizado en 240 países (ILO 1999) señala algunas de las tendencias que presentan las condiciones labores en los distintos espacios. En el caso de Estados Unidos, el único país industrializado que presenta un aumento de la hora laboral por persona, el tiempo dedicado al trabajo se aproxima a casi dos mil horas anuales. En Europa la tendencia es opuesta, y los trabajadores están disminuyendo progresivamente sus horas de trabajo. En

Francia las jornadas se han limitado por ley a 35 horas semanales, lo que en 1997 se materializaba en 1.656 horas anuales. En Alemania, el total del horario laboral en 1990 era de 1.610. En Latinoamérica y el Caribe se trabaja entre 1.800 y 2.000 horas al año. En Chile, lugar en que se centra esta reflexión, la encuesta laboral de la Dirección del Trabajo, realizada en 1999, indica que las horas anuales de trabajadores dependientes es de 2.517,84, mientras la encuesta de INE, del último trimestre de 1999, da cuenta de 2.260,44 horas anuales (ENCLA99).

Hay, por tanto, una sobrecarga de horas de trabajo en el ámbito nacional.

Un estudio realizado por Sharim y Silva en 1998 sobre uso de tiempo y la flexibilización de roles de hombres y mujeres trabajadoras, auguraba ya este panorama desolador. La encuesta sobre la cual se basó proyectaba una situación diferenciada entre hombres y mujeres. Así, en las descripciones de las actividades que realizaban los hombres una día de la semana, se observó en promedio el siguiente patrón: en la mañana, ocupaban una hora en lavarse y comer y una hora y media en trasladarse; luego trabajaban entre diez y doce horas, se trasladaban de vuelta a casa en otra hora, atendían a sus hijos una hora, veían televisión casi tres horas y dormían otras seis. En el día de las mujeres se repetía más o menos el mismo esquema, pero en todos los casos había que sumar un promedio de entre tres y cuatro horas de actividades domésticas.

Lo que esta radiografía temporal de hombres y mujeres mostró fue la sobrecarga del trabajo laboral y la ausencia de otras actividades en el resto del tiempo, ya sean de ocio, recreativas o de otro tipo. Durante la semana, ni hombres ni mujeres realizaban otro tipo de actividades. El uso del tiempo libre se concentraba principalmente en actividades pasivas al interior del hogar. No participaban en organizaciones sociales, ni en actividades culturales o comunitarias. La temporalidad cotidiana se distribuía entre el mundo laboral activo y el mundo familiar pasivo.

Aunque estos datos no nos hablan directamente sobre el tiempo libre, de ellas podemos deducir esta información. Es importante mencionar que en todos los estudios subyace como preocupación central la calidad de vida que estamos produciendo las chilenas y los chilenos. Pero, por sobre todo, lo que realmente reflejan estas informaciones es una vida dedicada intensamente a una sola actividad, comprometida y obligada como es generalmente el trabajo laboral. Las sobre dos mil horas de trabajo anual de las mujeres y hombres chilenos nos hace intuir una vida lineal, pobre, de baja calidad y agotada.

Además de lo anterior, el estudio sobre uso de tiempo y flexibilización de roles nos llevó a un hallazgo notable en términos de la equidad en las relaciones de género: que la organización familiar se modifica y la distribución de roles se flexibiliza durante el tiempo libre. Desde los estudios de género habíamos encontrado una vez más algo sobre lo cual debíamos profundizar.

Dio, además, lugar a otro descubrimiento: la ausencia de estudios sobre tiempo libre en el país. Los referentes sobre esta temática están principalmente en fuentes extranjeras; entre ellas, destacan los estudios de Elias y Dunning (1995 [1986]), que ofrecen uno de los análisis más elaborados sobre el tiempo de ocio. Su punto de partida es la concepción de la organización temporal de actividades humanas como una estrategia estructural de lo que denominan el “proceso civilizatorio”, orientado a construir una mejor y más ordenada convivencia. Este proceso, identificado como evolutivo, se construiría a través de la organización de una “triada de controles básicos”: control sobre los fenómenos naturales, sobre los nexos sociales y el autocontrol. La teoría del ocio se plantea como una forma de eliminar las limitaciones emocionales que estos controles producen. En este marco, las actividades recreativas, especialmente los juegos o el deporte, se estructuran como una dimensión de liberación emocional.

Este enfoque estudia el tiempo de ocio desde una perspectiva que permite superar la tradicional dicotomía ocio-trabajo, y comprende los diversos tipos de actividades recreativas como prácticas habituales durante el tiempo libre. Así, transforma y complejiza la mirada que percibe las actividades recreativas simplemente como un complemento del trabajo y que, al así hacerlo, ignora los conflictos que generan los cada vez más altos niveles de control de las emociones, tanto en lo público como en lo privado. De acuerdo con estos autores, la única liberación de emociones aceptada socialmente se registra en los ámbitos de las actividades de ocio.

Elias y Dunning plantean una crítica sobre la imprecisión con que se han acercado los estudios sociales a los conceptos de ocio y de trabajo. A su juicio, ambos conceptos están distorsionados por una herencia de juicios de valor. Según esta tradición, el trabajo está altamente catalogado como un deber moral y un fin en sí mismo; el ocio, degradado como una forma de haraganería y complacencia. Si bien estas connotaciones pueden tener un carácter universal, nos serviremos de ellas para avanzar más sobre la comprensión del tiempo libre en nuestro contexto.

Es posible que, en Latinoamérica, el significado del tiempo libre se haya construido con características singulares que promueven su desvalorización. Los colonizadores estamparon una huella histórica en la identidad de lo indígena/latinoamericano: en su diferencia, y en la ignorancia del colonizador, fueron interpretados ligeramente como flojos y desvitalizados. El fantasma de la pereza está latente en el relato sobre lo latinoamericano, donde el descanso, el desempleo, la negación a ser explotado o la elección de excluirse de un sistema productivo, han sido leídos como haraganería, primero en el indígena y después en el pobre urbano.

En su libro sobre la identidad en América Latina, Larraín (1996) consigna que desde la mirada del colono, los indígenas son percibidos como de “inferior calidad”; a ellos se les asigna condiciones “salvajes e incivilizadas”. Los documentos de esa época señalan que “los individuos (de América) eran más bien pasivos y resignados, tenían una marcada preferencia por el ocio y eran incapaces de toda reflexión racional y actividad” (Larraín 1996:62). Cita, además, a J. S. Mill, según quien “las sociedades atrasadas tenían un muy débil deseo efectivo de acumular, de trabajar fuerte y de ahorrar”. Así, América Latina, como resultado de una evaluación cultural ajena, sobrelleva esta acusación histórica, que desvaloriza la especificidad de los significados propios de los latinoamericanos sobre el uso de tiempo.

Esta inculpación ha tenido un impacto especial en nuestro país, donde la histórica necesidad de distanciarse y negar nuestros orígenes se ha intensificado con el modelo neoliberal desarrollado en las últimas décadas. La necesidad de construir una imagen (o marca) “moderna” similar a la estadounidense, ha refocalizado las energías, especialmente de los jóvenes y los sectores medios, hacia un modelo de éxito relacionado con el trabajo, el consumo y la imagen. Así, cada vez nos alejamos más de lo que “parece ser” latinoamericano. Si esta distancia no es una realidad, por lo menos representa un deseo; y el costo de ese nuevo deseo es la sobrecarga de trabajo, la presión laboral, la ausencia de descanso y entretención, el escaso tiempo libre. En este contexto, las largas horas laborales se asumen sin crítica; es más, se desean porque nos aseguran una nueva imagen, moderna, y un “renovado” valor social antes los otros.

En esta desvalorización del tiempo libre, las actuales cifras de desempleo juegan un rol fundamental. Ellas dan cuenta de un tiempo desocupado no deseado, que produce angustia e inestabilidad. Así, un importante número de mujeres y hombres desempleados, en busca de trabajo e incluso trabajadores en condiciones inestables, aumentan su valoración del trabajo y aceptan la sobrecarga de este sin restricciones. Estos sentidos simbólicos reproducen y

mantienen la desvalorización del tiempo libre y del descanso. “El ocio es la madre de todos los vicios”, es la reanimación del valor del trabajo, y también es vincular el descanso o el tiempo libre al tiempo perdido, el tiempo no útil.

El tiempo libre es más que una necesidad fundada por la sobrecarga de trabajo: es un derecho humano universal. Así lo establece el artículo 24 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: “Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, una limitación razonable de la duración del trabajo y vacaciones periódicas pagadas”. En nuestro país esta propuesta ha sido omitida y olvidada a través de distintos argumentos y condiciones, ya mencionados. Nuestra vida cotidiana ha sido inundada con actividades lejanas al ocio, descanso y entretención.

Las transformaciones tecnológicas han arrastrado nuevas formas de organización social en distintos países. El impacto que han tenido en los países europeos se evidencia principalmente en la reducción de la jornada laboral y en el aumento del tiempo libre. En estas sociedades, al aumentar la productividad se ha liberado tiempo de ocio. Sin embargo, como hemos visto, en nuestro país la corriente ha tomado la dirección opuesta: aumentar la productividad ha significado la extensión de las jornadas laborales, manteniendo, e incluso reduciendo, el número de personas. De acuerdo con un estudio realizado sobre tiempo y medios de comunicación, dirigido por Carlos Catalán, “El uso del tiempo y el consumo de medios” (Proyecto Fondecyt 1980857), en Chile una persona dispone de un promedio de 5 horas y 6 minutos de tiempo libre diario. Esta es una situación distinta a la de Italia, por ejemplo, donde cada trabajador dedica como promedio 6 horas diarias al ocio; o al caso de Australia, donde el tiempo liberado suma 6 horas y 6 minutos. Y esta diferencia, que a primera vista podría parecer poco significativa, cobra su verdadero peso cuando se consideran las horas acumuladas en el tiempo: en una semana, aproximadamente 6 horas, lo que constituye casi una jornada de trabajo. Lo mismo puede ampliarse para un mes, o un año.

El estudio nacional mencionado concluye que el uso del tiempo en Chile no parece muy exigente o activo. Según su autor, “hay espacio, aunque dé la impresión contraria, para aumentar tanto el tiempo productivo como el tiempo libre” (p. 135).

Por su parte, el estudio de tiempo sobre familia y reparto de responsabilidades de Sharim y Silva (1998) da cuenta de lo contrario, no solo por el sobreuso de tiempo en el trabajo productivo, sino, además, por la gran cantidad de actividades comprometidas, principalmente domésticas y familiares que inundan el tiempo libre.

Es en este contexto que nos parece relevante la distinción que propone Jordi Izquierdo (1997) entre tiempo de ocio y tiempo libre. En las transformaciones que brinda la modernidad, él identifica un cambio en el uso y significado del tiempo. Por largos períodos, afirma, existió el binomio *trabajo* y *tiempo de ocio*. En esa relación, el tiempo de ocio se consideraba como un tiempo de relajación y descanso frente a un arduo trabajo; esto es, como “compensación de la fatiga del trabajo”. En España —objeto de su estudio— hoy se está dando un cambio, donde el desarrollo de la tecnología se ha constituido como un factor que reduce la participación de la gente en las labores y, por lo tanto, libera tiempo. Este tiempo liberado es identificado por el autor como *tiempo libre*, y visto como un “nuevo tiempo” que se intercala entre el trabajo y el ocio. Lo concibe como un tiempo de utilidad social, de transmisión de valores de convivencia y aprendizaje. “Este es un tiempo que responde a necesidades sociales no cubiertas y permite un nuevo trabajo libremente escogido según la sensibilidad social y humana de cada uno” (p. 3).

El enfoque de Izquierdo coincide con lo que señala el sociólogo Joan Battle (1997), el cual desde el mismo contexto europeo conceptualiza el tiempo libre como un “tiempo virtual, un espacio para el desarrollo individual y social, para el desarrollo de los valores humanos. Este desarrollo, en un espacio tiempo marcado por la opción personal, por la no-obligatoriedad, adquiere una dimensión nueva y posibilita que el tiempo libre sea auténticamente transformador”.

Adoptando la distinción que nos ofrecen estos autores, especialmente Izquierdo, identificaríamos dos dimensiones de uso de tiempo libre: una que conduce a un modelo más tradicional, como sería “el tiempo liberado de ocio”; y otra que nos presenta un modelo más moderno, que es flexible, que denomina “tiempo libre”. De acuerdo con las palabras de Izquierdo, en nuestro país las largas jornadas laborales transformarían el tiempo liberado en “tiempo de ocio”, o sea, un tiempo rígido que entrapa a las personas en el descanso y en los quehaceres obligatorios extra-laborales. Diferente es lo que denominan “tiempo libre”, basado en la no obligatoriedad, que sería un tiempo creativo y que está ausente en nuestro cotidiano.

Sin embargo, y paradójicamente, muchas de las políticas gubernamentales y el discurso público hegemónico, hacen caso omiso de la actual realidad de organización de tiempo, y ofrecen propuestas como si estuviera vigente un modelo moderno de tiempo libre; esto es, un modelo liberado de compromisos, no agotado físicamente, que permite a las personas decidir qué hacer con su tiempo liberado después del trabajo.

Desde esta perspectiva, podríamos decir que, en Chile, tanto hombres como mujeres están atrapados en el modelo tradicional del “ocio”, en el sentido reseñado por Izquierdo. El tiempo liberado se vuelca hacia dentro, hacia las obligaciones domésticas o extra-laborales. No existe, por lo tanto, un “tiempo libre” destinado al desarrollo individual y social no obligatorio. Esto lo tiene que tener presente cualquier política pública que promueva la participación ciudadana e intente que los habitantes nos transformemos en ciudadanos con poder.

Una política social que convoca a participar está en abierta contradicción con el estilo de vida que implanta el modelo económico en el ámbito laboral. Estos modelos no son coincidentes y se desarrollan en dos vértices opuestos: el modelo económico empuja hacia la sobrecarga de trabajo de las personas, o sea, hacia las actividades laborales y a la reproducción del cotidiano marcado por el individualismo. En el llamado a la participación, en cambio, está implícito un modelo que llevaría hacia un sistema de desarrollo personal con modos solidarios y colectivos de convivencia.

La ausencia de tiempo libre también tiene impacto en la vida familiar y, por lo tanto, el discurso sobre las responsabilidades de padres y madres en la familia es incoherente con las posibilidades reales de las personas. La convocatoria a los padres de familia de hacerse cargo más activamente de la vida escolar de sus hijos, por ejemplo, choca con las posibilidades reales del tiempo efectivamente *disponible* para estos efectos. En este marco, las acciones que se apoyan en la participación ciudadana, tanto en el ámbito familiar como social y político, están condenadas al fracaso, porque las personas simplemente no tienen tiempo libre para elegir ámbitos de acción diferentes de los ya obligatorios.

Si a todo lo anterior agregamos las propuestas y exigencias de capacitación para la obtención de un trabajo o ascenso laboral, surge inmediatamente una pregunta: ¿a qué hora?

BIBLIOGRAFÍA

Battle i Bastardas, Joan. 1997. “El tiempo libre infantil juvenil”. *La Factoría*, nº 3
<http://www.lafactoriaweb.com/articulos>

Elias, N. y E. Dunning. 1995 [1986]. *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México, DF: Fondo de Cultura Económica.

- Elias, Norbert. 1989. *Sobre el tiempo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- ENCLA99 (Encuesta laboral 1999). 2000. Santiago: Dirección del Trabajo, Departamento de Estudio.
- ILO (International Labour Organization). 1999. "Working, longer, Working better?" *The Magazine of ILO: Index. World of work* nº 31 (setp-october)
- Izquierdo, Jordi. 1997. "El tiempo libre y las nuevas ocupaciones sociales". *La Factoría* nº 3, <http://www.lafactoriaweb.com/articulos>
- Janne, Henri. 1968. "Moral de trabajo y moral de ocio: un nuevo tipo humano en perspectiva". En *La civilización del ocio*. Madrid: Guadarrama.
- Larraín, J. 1996. *Modernidad razón e identidad en América Latina*. Santiago: Ed. Andrés Bello.
- Sharim, D. y U. Silva. 1998. "Familia y reparto de responsabilidades". Documento nº 58. Santiago: Servicio Nacional de la Mujer (Sernam).